

Juan Ramón Biedma

Crisanta

Una novela de fantasmas
durante la Guerra Civil

Alianza editorial

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Juan Ramón Biedma, 2023, en colaboración con Agencia Literaria Antonia Kerrigan
© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2023
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-130-4
Depósito legal: M. 26.318-2022
Printed in Spain

Continuamente Rosaura

Porque por desesperarme,
siendo yo vuestro cautivo,
quisieron siempre aquejarme
vuestras ganas de matarme
y mis pocas de estar vivo.
Y sufro este trago fuerte
donde hay dolores tan fuertes,
por ver si podrá mi suerte
despedir con una muerte
la muerte de tantas muertes.

A una dama de la reina Doña Isabel
Diego de San Pedro (¿1445-1590?)

1.^a PARTE

La guerra y, en cambio, aquella mujer

19 de octubre de 1936

Aunque la guerra (entendida como batalla, no como exterminio) nunca llegó hasta Sevilla, Crisanta, a veces, confunde búnkeres, capillas, procesiones, tanques, altares, trincheras y noches en vela con un mundo ya cancelado.

Abre los ojos y sigue caminando.

El plasma de la niebla le resulta perceptible a través de la piel. Libera el péndulo, pero el hueso pendiente del hilo de seda no se agita, no la conduce, no la previene. Cuando abre de nuevo los ojos, el buque Cabo Carvoeiro ya es visible en el otro margen del río.

La ventaja de haber aceptado la cita con el Cuarterón a las doce de la madrugada en el muelle de la Paja es que no va a llamar la atención entre las putas, que brindan la única iluminación con sus quinqués de aceite en el trajín desde la orilla hasta sus chozos, donde no sólo ponen al día del fornicio atrasado a los marineros que han atracado en el muelle de las Delicias o en la corta de Tablada, sino que a menudo les lavan los petates atestados de ropa sucia por unas cuantas perras gordas.

Crisanta se detiene junto al eucalipto jorobado, el lugar donde siempre la cita el Cuarterón, y vuelve a soltar el péndulo en busca

de alguna señal. A lo lejos rompe la niebla en su dirección una figura masculina con un bulto al hombro, pero puede tratarse de alguno de los hombres que se prostituyen para otros en esa zona; las luces del ventorrillo de la Juli también se distinguen, aunque no lo bastante cerca para que alguien acudiera a un grito de auxilio.

La silueta del buque prisión Cabo Carvoeiro, el llamado «barco de la muerte», retiene toda su atención. Desde el levantamiento de los militares en julio, Sevilla se ha convertido en un enorme penal y los recintos penitenciarios, comisarías o cualquier establecimiento donde encarcelar a los represaliados, a pesar de que a menudo su uso era fulminante en una rápida transición hacia la tapia de fusilamiento y la fosa, terminaron tan hacinados que fue necesario incautar este vapor de dos mil toneladas como lugar accesorio de confinamiento. A esta hora, la zona está prácticamente desierta, pero durante el día es frecuente cruzarse con los familiares de los presos, que miran aterrados...

Efectivamente, a aquel hombre del zurrón colgado en la espalda es al que espera.

Como una ilusionista, Crisanta oculta el péndulo mudo —el cabo de seda invisible que sostiene un hueso del tamaño de una nuez— tras la falda. Su única arma.

—A la paz de Dios, hermana.

—Cuarterón.

—Me llamo Antonio. —Pero lo dice en un tono viscoso; no ha venido a discutir por un mote.

—Pues eso me parece muy bien. —Más callosa y un poco más alta que él—. ¿Has traído el cáliz?

—Tengo una cosa que te va a gustar.

—¿Y el cáliz?

—Todo a su tiempo. —Le resulta muy divertido.

—A ver, Cuarterón, o Antonio, o como tú quieras, me dijiste que tenías un cáliz de plata de dos palmos con incrustaciones de oro y nácar que te habías traído de Mérida.

Y el hombre vuelve a reírse con aquel deje aceitado porque no tiene prisa; busca un poco de cháchara y además pretende alguna otra cosa.

—En Mérida estuve. Con el general Juan Yagüe.

—El carnicero de Badajoz. —En cuanto las pronuncia, se arrepiente Crisanta de sus palabras.

—Así lo llaman los rojos. —Esa asquerosa risa.

—Lo digo porque lo he oído por ahí.

Cualquier día, o mejor una noche como ésta, un fulano así puede sacar la pistola o la navaja y acabar para siempre con su carrera de tratante de arte clandestino sin que nadie en el mundo la eche de menos.

—Estuvimos en Extremadura con las fuerzas del general, un paso *alante* o un paso atrás, rebuscando por las iglesias que había quemado la chusma, arramblando con lo poco que quedaba. En Badajoz, no se podía andar por las aceras de tanto muerto. —Esa risa—. Los moros se pasaban por la bayoneta, y a veces por la churra, a las mujeres y a los niños, a cualquiera, sobre todo si podían afanarle lo más mínimo. Sus legionarios lo adoran. Al general Yagüe, digo.

A unos metros pasa y se los queda mirando una de las mujeronas que consideran suyo aquel terreno. No les dice nada de milagro y el péndulo sigue muerto entre sus dedos.

El Cuarterón no se da por enterado del paso de la puta; la mira a ella, calibrando el efecto de sus palabras; pertenece a uno de los grupos de «andarríos» que la surten del material, fundamentalmente arte religioso, que coloca en el mercado negro del coleccionismo. Un puñado de carroñeros que aprovechan la devastación de la guerra, las iglesias destruidas, los despojos del saqueo de los soldados, los restos de la confiscación del nuevo Gobierno o cualquier oportunidad de pillaje para sacar lo suyo de estos tiempos demenciales. A Crisanta le consta que a veces son ellos mismos los que queman los templos, aprovechando

que todos responsabilizarán a los milicianos, pero prefiere no pensar en eso.

—Pero, claro, cuando llegábamos nosotros, no habían dejado ni la cabeza de un alfiler. Los moros. —Y, sin embargo, se introduce los dedos en el cordaje del hombro, donde el macuto parece lastimarlo.

—¿Entonces?

—Nos jugamos la vida, tú ya nos conoces. Buscando y rebuscando. No hay más remedio... ¿Has oído lo de la plaza de toros de Badajoz? Juan Yagüe tiene unos huevos así de grandes. Para empezar, ordenó que metieran a todos los prisioneros dentro, bien alumbrados por un montón de focos...

—¿Has traído el cáliz sí o no?

—Mira que eres *desaboría*.

Va a llover. Fijo que va a llover. Las nubes rojas le roban luminosidad a la luna.

—Antonio...

—Esta vez te he traído otra cosa que te va a gustar más. —Un doble guiño—. Porque ¿tú que edad tienes, Crisanta? ¿Treinta? ¿Treinta y cinco?

—Me voy. —Retrocede un paso, puede ser que el péndulo esté empezando a cobrar vida entre sus dedos—. No vuelvas a llamarme para hacerme perder el tiempo.

—Espera un momentito, mujer, que te va a gustar. —Se des-cuelga el macuto y comienza a abrirlo con más guiños.

Aunque por primera vez se asegura de que no haya nadie alrededor.

Sin saber a cuento de qué, Crisanta recuerda que nadie más sabe que está embarazada de tres faltas.

El péndulo, oculto a su espalda, cabecea; teme que se le escape.

—Mira lo que tengo.

El hombre debe introducir todo el brazo en el zurrón para extraer a un niño, aferrándolo por una pierna. No tendrá más

de unas semanas. Al principio está tan inmóvil que no parece que esté vivo, aunque poco a poco inicia algún movimiento.

—No me digas que no te gusta. Estás en la edad. Te lo dejo por nada y menos.

Crisanta retrocede un paso y después otro.

Otro más.

No deja de pensar en que la criatura que lleva dentro es lo que más odia en este mundo.

Lo que más detestaban aquellos alemanes que estaban llegando a Sevilla de forma masiva pero discreta, sin que aún se hubiera difundido el tratado de colaboración entre ambas naciones, además del aceite de oliva en los guisos y la falta de salchichas, era una cerveza que ellos consideraban aguada y que ni siquiera aceptaban llamar por ese nombre. En cambio, con las putas no tenían ningún problema.

Juan Serrador, sentado en la barra, de espaldas a todo, levanta la copa para que la camarera le sirva otro coñac Real Tesoro.

El burdel sin nombre de la calle Habana se había convertido en el destino predilecto de los nazis que se habían instalado en el hotel Cristina, a sólo unos minutos de distancia. Y si la información que había recibido Serrador era correcta, muy pronto no habría hoteles ni casas de citas suficientes para tanto hijo de puta teutón como se esperaba o habría que convertir la ciudad en un enorme prostíbulo donde acogerlos.

Son más de las doce; no quiere sacar el reloj del chaleco, debe de llevar allí casi una hora, jugando a seguirle la pista en el espejo a una morenita de tetas anchas pero algo caídas para su edad, la sonrisa clara, despabilada y simpaticona, que tampoco le pierde el compás. Fantasea con que no ha querido perderse

últimamente en las habitaciones con ningún cliente confiando en que Juan se decida.

Pero hace ya más tiempo de la cuenta que la gran luna tras la barra no basta para localizarla, así que levanta la copa y se gira en el taburete.

A tiempo de verla materializarse tras una columna, dejándose abrazar por un teniente de la Luftwaffe, un niño casi descolorido por lo rubio, que la propulsa amartelado y sonriente hacia los reservados.

Cuando pasan a su lado, ella le deja caer una mirada que dice: «Lo lamento, pero esto es lo que hay», o así se lo parece a Serrador, que lleva encima la cantidad suficiente de Real Tesoro para que eso le baste.

—Oye, tú, perdona. —Pero la forma en que agarra por la manga a su acompañante no tiene nada de amable—. ¿Es verdad que eres el nuevo ayudante del cocinero?

El chico no tendrá más de veinticinco años y desde luego no habla español, pero el gesto empleado por Juan Serrador es comprensible en cualquier idioma.

—*Ich verstehe nicht.*

—Que si eres el nuevo pinche.

—*Ich weiß nicht wovon er spricht.* —Se detiene y abre los brazos con una sonrisa bonachona.

—Mira, vas a dejar a la señorita y te vas a llegar a prepararme un chucrut, que todavía no he cenado —le ordena Serrador rebajando el tono mientras mira fijamente a la morenita confiando en que le siga la jugada.

—¿Qué problema hay?

Esta otra voz le ha llegado desde donde menos la esperaba: un coronel de baja estatura, pelo blanco y cara cincelada, muy acostumbrado a ser escuchado hasta por el mismo Führer, que le habla con un castellano esclerótico y desganado.

—¿Qué problema hay? —repite.

Ahora Juan Serrador es consciente, a lo mejor por primera vez, de dónde está, de las luces, los espejos, las mujeres dispuestas a lo que sea por llevarse una peseta para su casa, de los uniformes de los tipos que han venido a jugarse la vida a un país que consideran salvaje, del turco, que se encarga de mantener el orden en la mancebía y que se acerca a toda prisa.

—Pues sí, coronel, resulta que sí tengo un problema con tu tenientito. —Le golpea ligeramente el hombro con dos palmas que desde luego que no son amistosas—. Pero es algo entre él y yo, a no ser que sea novio tuyo; entonces la cosa varía.

El oficial no conoce el suficiente español para responder, pero cierra los puños y abre las piernas para afianzarlas sin importarle que eso rebaje su estatura.

La morenita sigue allí, pero su mirada ya no es de simpatía por Serrador, ahora la mirada dice: «Me estás reventando la noche, y demasiado difícil es mi vida para que venga un gracioso como tú a complicármela todavía más».

—Tú. —Metro noventa de turco con navaja en el cinturón—. Ya estás fuera de aquí.

Ahora le ha tocado a Serrador recibir una palmadita en el hombro que lo ha estrellado contra el mostrador.

—Me cago en tu puta madre —responde suavemente mientras levanta un taburete—, ven a echarme tú, que te voy a arrancar la cabeza.

Se ha formado un círculo alrededor; más allá de la iluminación tras la barra, ya no hay chicas ni nazis ni burdel ni nada.

El guarda extrae la navaja.

Serrador, feliz, porque ésta es la mejor forma de terminar la noche y todo lo demás, con las tripas desparramadas en un callejón invisible.

Entonces una de las mujeres, la mayor de todas, se acerca al turco, le susurra algo al oído y éste apenas tarda un par de segundos en guardar el arma y retroceder un paso.

—Yo no peleo con un hombre de Dios.

El padre Juan Serrador cabecea intentando recordar dónde está la salida; en aquellos sitios, para estas situaciones, siempre debería haber música.

Chacón, Rublos, Diosdada y Fox dejan el automóvil en la calle Cruz Verde y se ponen en marcha sin pronunciar una palabra. Están a unos pocos metros de la casa del Malmuerto, pero han descartado estacionar en la misma calle Arrayán para no llamar la atención.

Son las dos y cinco, apenas tienen una hora para la invocación. Siempre que puede elegir, Chacón Carter intenta establecer sus contactos con otros planos a las tres de la madrugada, «la hora del tiempo muerto», llamada así por oposición a las tres de la tarde, hora en que fue asesinado Jesucristo. Éste es uno de tantos principios que ha ido acuñando a lo largo de toda una vida dedicada al rastreo de lo sobrenatural, sostenidos en un número suficiente de experiencias positivas, pero sin ningún soporte científico que los justifique, fundamentos que a estas alturas lo traen sin cuidado.

Las aceras están vacías, los bancos de humedad que ocultan las bocacalles son el prólogo de una lluvia que va a descargar en cualquier momento; si alguien los ve pasar desde las ventanas, regresa rápidamente a su agujero tratando de no llamar la atención.

Más peligrosos aún que los militares son los piquetes, que, en coches o camiones, pueden detenerse en casa de cualquiera por cualquier causa trayendo consigo una sentencia de recurso imposible. Tres meses después de la sublevación militar, el terror había penetrado hasta la fibra más profunda de la ciudad, paralizando a la inmensa mayoría de sus habitantes.

La morada del Malmuerto, como la conocen los vecinos, está a un paso de la parroquia de Omnium Sanctorum, en el corazón de la calle Feria, una de esas casas palacio tan abundantes en el casco antiguo de Sevilla, cuyo portal no aparenta ni las dimensiones ni el esplendor de su interior. Ni se sabe el tiempo que lleva abandonada. Pasan de largo ante la puerta principal y siguen hasta la calle Amargura en busca de la entrada de servicio.

Fox, el sabueso llamado así en honor de las hermanas creadoras del espiritismo moderno, se adelanta para husmear y escarbar junto a la puerta; nunca lleva correa ni bozal, no es necesario reconvenirlo para que no ladre en las situaciones comprometidas, él tiene su propio nexo con esas otras latitudes a las que pretenden asomarse y es preferible dejarlo libre para que busque sus vías de entrada.

Protegiendo sus gafas oscuras de las primeras gotas bajo una de las cornisas, Diosdada permanece vigilando en la esquina mientras Rublos manipula la cerradura con la palanqueta. Algo más atrás, Alberto Chacón Carter, el director de la Sociedad Mediúmnica de Sevilla, escucha. En unas pocas semanas se han multiplicado los testimonios de vecinos y testigos ocasionales que sostienen haber visto luminarias en las ventanas del caserón deshabitado y oído gritos desgarrados de un niño en la madrugada, declaraciones que en una Sevilla como la de 1936, en la que todo el mundo trata de pasar sus días sin llamar la atención, eran doblemente sorprendentes. A través del brigada Espinosa, un secretario judicial de la Audiencia Provincial miembro de la Sociedad Mediúmnica, Chacón ha sabido que la guardia civil había inspeccionado repetidamente el palacio sin encontrar ningún indicio material; por tanto, les correspondía a ellos el intento de encontrar el origen de aquellos fenómenos en una dimensión distinta.

Cuando Rublos, un chico nervudo de unos veinticinco años con unos ojos claros muy difícilmente localizables, vuelve a ocultar sus herramientas bajo el abrigo, es el momento de entrar.

El primero, Fox, aprovechando un resquicio entre las piernas de sus dueños.

Después Rublos, que abre camino con la única linterna encendida; sigue Diosdada y cierra la marcha Chacón, atento a todos y a todo, memorizando el terreno, buscando signos. Se trata de una primera avanzadilla de reconocimiento; ni siquiera han traído el aparataje habitual para registrar presencias, sólo una güija plegable con la que Diosdada intentará una aproximación a las tres de la madrugada. El tiempo se les echa encima.

Cruzan una primera crujía y enseguida están en un patio gigantesco, inconcebible desde el exterior, con un jardín descuidado en el centro que acoge una especie de viejo escenario teatral, una cochera para carruajes, un amplio apeadero semicubierto y las caballerizas.

Al frente, el caserón es todos los caserones desamparados desahuciados del mundo en todos los tiempos.

Eligen la galería porticada de la derecha para llegar hasta allí a resguardo de la lluvia.

El director, Chacón, no se hace ilusiones sobre su autoridad; en realidad, es Fox quien los dirige; un harrier de cinco años que un cliente del hotel donde tienen su sede adquirió por sus presuntas habilidades como cazador y que terminó repudiando cuando, según él, descubrió que se trataba de un perro loco; al fundador de la Sociedad Mediúmnica le llamó la atención su historia, lo adoptó y terminó descubriendo en él unas portentosas facultades sensitivas. Esta noche, el animal está nervioso, más absorto en sí mismo que otras veces, directo hacia un objetivo que sólo él intuye.

Muy tarde para rectificar su dirección, descubren que el perro ha despreciado la zona de viviendas y se ha adentrado en los lavaderos.

Tarde porque los tres han oído perfectamente el rascar de vidrio en las ventanas.

Uno de los sonidos más claramente identificables de la presencia de seres extradimensionales en las inmediaciones.

Fox se detiene, fosilizado en su paso, no saben si para oír con mayor nitidez aquellos chirridos o para asegurarse de que sus acompañantes los están percibiendo, y Chacón extrae su bloc-linterna, su herramienta de siempre conseguida en el mercado negro de utensilios militares, que le permite tomar apuntes en la oscuridad. Ha llegado el momento de anotarlo todo.

La fricción se está produciendo en un ventanal que da al exterior, a unos pocos metros. Rublos lo alumbra directamente. El cristal está algo sucio, pero es evidente que no hay nadie a ninguno de los dos lados. Nadie corpóreo, nadie como ellos. Pero, si se concentran lo suficiente, creen apreciar que los chirridos responden a un sistema, a un código que no pueden ni imaginar.

A su manera, el perro también registra el sonido, avanza unos metros y vuelve a detenerse. Están en las tripas de la vivienda, un sistema formado por lavaderos, alacenas, patios anexos a las cocinas, letrinas y cualquiera sabe qué otras dependencias que constituyen un verdadero laberinto.

Todos miran a Chacón esperando una decisión. A sus cincuenta y siete años, ha sido profesor de historia, policía de ferrocarriles en el transiberiano, soldado, organizador de expediciones paleontológicas, fotógrafo y, sobre todo, o marcando cualquier otra actividad, explorador de fenómenos extraños de algunas de las asociaciones más prestigiosas de todo el mundo. Está acostumbrado a que los demás esperen que determine el rumbo en las situaciones más insólitas, pero en los últimos tiempos ha delegado todo su mando en Fox.

Sin apagar del todo el frotar de los cristales, un crujido creciente les llega desde el otro extremo de la casa palacio: es el rechinar de un portón al abrirse, tan ridículo como los efectos baratos de una novelucha de misterio, tan ridículo como la vida real. Al momento, pasos, voces.

El perro, a lo suyo, se pierde de vista en el laberinto: algo ha encontrado.

—¡Apagad la linterna! —les susurra Chacón a Rublos y a Diosdada mientras él oculta la suya—, ha entrado alguien; no me extrañaría que fuera la guardia civil. Salid por donde hemos entrado y volved al coche. Yo voy a buscar a Fox.

—¿Lo esperamos fuera? —pregunta Diosdada.

—No, nos vemos en el hotel.

Y no se mueven.

—Deja que me quede contigo —dice Rublos.

—Salid de aquí —concluye.

Espera a que se marchen, la oscuridad ayuda.

También él tiene que irse cuanto antes, pero todavía se oye el resonar de las patas de Fox en el interior.

Por suerte, sus ojos se han acostumbrado lo suficiente a la oscuridad y se mueve con el resplandor rojizo de las nubes que entra por las ventanas. Un almacén da paso a un patio alargado, el patio a las letrinas. El perro sigue unos metros por delante, invisible, seguro en su ruta. Los vecinos llevan meses hablando de unos gritos aterrados, gritos de dolor, de un niño. No es frecuente encontrar manifestaciones infantiles; tampoco ha podido encontrar aún los antecedentes de la casona, le queda mucha investigación pendiente. Pero los pasos se acercan.

Debe encontrar a Fox y largarse. En una Sevilla como aquella, si la guardia civil o cualquier otra fuerza de «seguridad», oficial o no, lo encuentra en estas circunstancias, puede esperar que lo tomen por cualquiera y que reaccionen como les parezca, incluido pegarle dos tiros y dejar que se pudra bajo un montón de escombros.

Por primera vez, el sabueso emite un suave gruñido. Está adiestrado para permanecer silencioso en cualquier circunstancia. Chacón acelera el paso y llega a un nuevo patio; enciende la linterna un segundo para asegurarse de que Fox no está oculto

en algún rincón. Llega a tiempo para verlo colarse por una puerta abierta.

Y resuena otro gruñido.

—¿Ha visto ese reflejo, mi cabo? —dice una voz desde alguna parte de la casa palacio.

Más pasos.

Debe marcharse inmediatamente de allí. Pero no va a dejar a Fox.

Cruza la puerta y vuelve a encender la luz durante una milésima de segundo. Una habitación vacía, sin otra salida, sin ventanas. En el suelo, volcados, una tosca mesa de madera, un refrigerador roto y un bañito. Los gruñidos desesperados del perro se oyen al alcance de su mano.

A su lado.

Invisible.

Su compañero de tantas correrías está a un paso, pidiendo su ayuda. Pero no lo ve, no puede determinar dónde. Está allí, aunque perdido en algún pliegue del tiempo o el espacio. Lo oye. Está. Pero fuera de su alcance. Está.

Y tiene que dejarlo.

Los vigilantes se perciben muy cerca, tiene el tiempo justo de volver a salir al patio y saltar la tapia.